

F. des Aulnoyes

HECHIZOS
y
CONTRAHECHIZOS



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestra publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Magia y Ocultismo

HECHIZOS Y CONTRAHECHIZOS

F. des Aulnoyes

1.^a edición: abril de 2026

Traducción: *Amalia Peradejordi*

Corrección: *Equipo editorial*

Diseño de cubierta: *Ediciones Obelisco*

(Reservados todos los derechos)

© 2026, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-388-6

DL B 23946-2025

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

CAPÍTULO I. DEFINICIÓN DEL HECHIZO	5
CAPÍTULO II. UNIVERSALIDAD DE ESTOS FENÓMENOS	
EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO	9
CAPÍTULO III. EL HECHIZO DE PENSAMIENTO	19
Aumentar los límites de la actividad consciente.....	20
Cultivar la imaginación.....	22
Seguir un régimen alimenticio que desarrolle la energía nerviosa	23
Técnica práctica de la representación mental y de la producción de fuerza nerviosa.....	24
CAPÍTULO IV. EL HECHIZO A TRAVÉS DE UN SOPORTE.	
LOS PROCEDIMIENTOS INDIVIDUALES	29
Los clavos	30
El cordoncillo anudado.....	30
La carga	32
El hechizo alimentario	35
La muñeca o dagyde	37
CAPÍTULO V. LOS PROCEDIMIENTOS COLECTIVOS	
DE HECHIZO	43
La cadena mágica.....	43
Misa negra.....	44
El hechizo sexual.....	46
CAPÍTULO VI. EL DESHECHIZO.....	49
Profilaxis del deshechizo	53

Ritual de defensa para uso de los deshechizadores	64
CAPÍTULO VII. LOS CONTRAHECHIZOS	73
Los medios	74
Los principios y el ritual general	88
Condiciones tradicionales de las ceremonias de contrahechizo.....	90
Ritual general del contrahechizo	95
CAPÍTULO VIII. EL HOMBRE ANTE EL CONCEPTO DE DIOS Y LA TEORÍA DE LA MAGIA	103

Capítulo I

DEFINICIÓN DEL HECHIZO

El conjunto de fenómenos englobados bajo el término general de «hechizo» posee un carácter universal. Todas las civilizaciones han conocido, practicado y temido los hechizos.

Por otra parte, los hechizos no son fruto de una imaginación desligada de la realidad. La Iglesia, preocupada objetivamente por el cuidado de las almas, dispone de un ritual destinado a liberar a los poseídos; y la policía contemporánea, cuyo objetivo es mantener las fronteras que delimitan el orden social, aún hoy continúa ocupándose de asuntos de esta índole.

Primero definiremos los distintos fenómenos agrupados bajo el vocablo «hechizo» y, después, expondremos los medios para luchar contra sus consecuencias. Sólo el conocimiento preciso de su técnica de creación permite abordarlo. El azar quiso que, visitando a un vendedor de libros antiguos en París, cayese en nuestras manos una obra muy antigua de un monje llamado Francisco Galcián. La publicación de una traducción de este libro nos habría obligado a introducir comentarios demasiado extensos y, como sucede con ciertos volúmenes de exégesis, nos habríamos visto forzados a ofrecer una media de diez líneas de explicación por cada dos o tres líneas de texto.

Además, aunque no ignoremos ninguno de los detalles de esos rituales, evidentemente no daremos a conocer aquellos cuyo objetivo sea maléfico. Nos limitaremos, por lo tanto, a publicar los que no entrañan peligro alguno, y dedicaremos todos nuestros esfuerzos a enseñar al lector a defenderse de los magos negros. Los rituales que expondremos a continuación se limitarán a los deshechizos y a los contrahechizos.

Deshechizo: operación mágica destinada a deshacer un hechizo.

Contrahechizo: operación mágica destinada a luchar contra un hechizo.

Aunque la obra del monje conserva su valor en cuanto a técnica casi inmutable, en el plano psicológico ha perdido gran parte de su interés. En este aspecto conviene recurrir a los descubrimientos contemporáneos de tipo científico, así como a aquellos situados al margen de la experiencia cuantitativa.

A veces en tono irónico, otras con verdadera sinceridad, con frecuencia escuchamos a nuestro alrededor frases como: «No entiendo lo que me pasa. Es como si me hubiesen echado un mal de ojo».

¿Qué es realmente un hechizo? La sumisión de un ser a la voluntad de otro. Si el emisor es un ser vivo, hablamos de hechizo; si se trata de una entidad desprovista de fuerza humana, hablamos de posesión. En esencia aquí estudiaremos la acción del hombre sobre el hombre.

En su acepción más amplia, el hechizo es un acto que observamos a diario. El orador hechiza, literalmente, a su auditorio, y el amor es una manifestación típica del hechizo.

Este fenómeno escapa al control de la inteligencia y tiene sus raíces en el inconsciente.

El amor es un hechizo involuntario que se desencadena sin que quienes participan en él pongan en juego su energía espiritual.

Esto nos conduce a otro tipo de hechizo muy frecuente: el autohechizo. Hay personas que creen firmemente que les han echado un mal de ojo o que el destino se ha ensañado con ellas. Están convencidas de que cualquier cosa que emprendan está destinada al fracaso. Y, en efecto, fracasan, tanto por su falta de confianza como por las circunstancias desfavorables que ellas mismas generan a su alrededor.

Al ser humano no le gusta sentirse responsable directo de sus fracasos. Muchos buscan causas ajenas a su carácter y, de ese modo, acaban hechizándose a sí mismos.

Definidos el hechizo y sus principales aspectos, conviene ahora estudiar sus causas, las condiciones en que se manifiesta, sus efectos y las formas de protegerse de ellos. La persona que hechiza puede actuar directamente, utilizando su mente para transmitir a distancia su voluntad: es lo que denominamos «hechizo de pensamiento». También puede actuar mediante un objeto que sirva como condensador e instrumento de fijación de su fuerza psíquica. Este procedimiento ha generado una literatura tan abundante como imprecisa. En este terreno, el instrumento más conocido es la muñeca o *dagyde*.

La práctica del hechizo requiere, por un lado, un entrenamiento psíquico y, por otro, el conocimiento de un ritual. Este último favorece la emisión voluntaria del operador y satisface condiciones experimentales necesarias en toda práctica mágica.

Aquel que realiza la operación mágica es el operador.

Los móviles que pueden empujar a emplear cualquiera de los métodos del hechizo suelen ser siempre los mismos. El amor ocupa el primer lugar, los intereses personales el segundo, y el odio —ese amor negro cuyo corolario es desear la muerte del hechizado— ocupa el tercero.

Incluso a grandes rasgos, conviene conocer los procedimientos del hechizo para poder luchar con éxito contra sus consecuencias. Aunque nos limitemos a revelar sólo los aspectos esenciales, nuestro propósito es mantener alerta al lector. El hechizo es una operación delicada que con frecuencia se vuelve contra quien lo practica, incluso si está iniciado en sus conocimientos. No hace falta insistir en los riesgos que corre quien intenta practicar una técnica tan peligrosa sin preparación alguna.

El objetivo de este libro no es enseñar a practicar el hechizo, sino a defenderse de él. Aquellos que pretendieran emplear estas nociones para satisfacer su egoísmo personal asumirían una grave responsabilidad y no tardarían en ser castigados por su audacia con una severidad que ni siquiera podrían llegar a imaginar.

Capítulo II

UNIVERSALIDAD DE ESTOS FENÓMENOS EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO

Hemos visto que tanto las facultades de oratoria como el amor pueden llegar a crear un estado de hechizo. Ahora, y antes de estudiar la forma de defendernos contra los hechizos realizados mediante la magia, debemos averiguar si realmente existen métodos prácticos y si estos son eficaces o si, simplemente, representan un residuo irracional de origen supersticioso que aparece de manera esporádica en ciertos períodos de la evolución de algunas civilizaciones.

Pero si, por el contrario, descubrimos que en todos los pueblos existe una creencia en los hechizos y una técnica práctica para realizarlos, tendremos que admitir, al menos, que la fe en dichas manifestaciones forma parte del comportamiento humano, lo cual ya sería suficiente para justificar su estudio. Y si, además, constatamos que la práctica del hechizo produce resultados de forma efectiva en numerosos casos, deberemos buscar —y esto es precisamente lo que nos proponemos— el medio de luchar contra ellos.

En sus *Leyes*, Platón decía:

«Es inútil intentar demostrar a ciertos espíritus sumamente predispuestos que no deben preocuparse en absoluto por las pequeñas figuras de cera que alguien haya podido

colocar en su puerta, en su tribuna o en las tumbas de sus antepasados, e invitarlos a ignorarlas, porque poseen una fe confusa en lo que representan estos maleficios.

»Aquel que utiliza encantamientos, hechizos o cualquier otro maleficio de esta naturaleza para perjudicar a los demás, si es adivino o está versado en el arte de realizar prodigios, que muera.

»Pero, si no posee conocimiento alguno de estas artes y, aun así, está convencido de haber utilizado algún maleficio, entonces el tribunal decidirá su castigo, tanto en su persona como en sus bienes».

La ley Camelia condenaba a muerte a quienes mataban a personas ausentes pinchando su efigie de cera, y Virgilio, al igual que Ovidio, menciona las muñecas de cera hechas a imagen de la persona sobre la que se quería actuar mágicamente.

En el *Asno de oro*, Apuleyo relata el caso de una mujer tan deseosa de realizar un encantamiento que envía a su esclava a la barbería para conseguir algunos cabellos de su amado, destinados al conjuro.

»Mi ama posee secretos maravillosos, secretos a los que obedecen las sombras de los muertos, que trastornan a los astros, la conducen hasta los dioses y triunfan sobre los elementos. Jamás manifiesta tanto la fuerza de su arte como cuando se queda prendada de algún jovencito, y eso ocurre con bastante frecuencia», cuenta la esclava.

»Ahora está locamente enamorada de un joven beocio, bello como el día, y utiliza todos los recursos de la magia para conseguir su amor.

»Ayer por la noche pude oírla amenazar al Sol con oscurecerlo y cubrirlo de tinieblas eternas si no se ocultaba antes

de lo habitual, para dar paso a la noche, cuyas sombras le permitirían trabajar en sus hechizos.

»Ayer, al volver de los baños, vio por casualidad a ese joven en la barbería y me ordenó ir allí para recoger furtivamente algunos de sus cabellos ya cortados y caídos al suelo.

»Pero el barbero, a escondidas, me vio recogerlos y, como tanto mi ama como yo tenemos fama de brujas, me agarró con fuerza del brazo y me dijo: “Desgraciada, ¿cuándo dejarás de robarme los cabellos de los jóvenes más apuestos? Si continúas, te denunciaré a los magistrados”. El efecto siguió a la amenaza: metió la mano en mi seno y, furioso, me arrebató los mechones que había escondido».

Jean Wier, sin salir de Europa, aunque más cercano a nosotros, escribía:

«Algunos piensan en hacer daño creando una imagen en nombre de aquel a quien desean perjudicar. La hacen con cera virgen y colocan el corazón de una golondrina bajo su brazo derecho. Además, cuelgan una efigie en su propio cuello con hilo completamente nuevo y la pinchan en alguno de sus miembros con una aguja nueva, pronunciando ciertas palabras que no repetiré para evitar que los curiosos abusen de ellas.

»A veces esta imagen también puede estar hecha de bronce y, para crear mayor deformidad, invierten los miembros: ponen un pie donde debería ir la mano, una mano donde debería ir un pie o colocan el rostro al revés.

»Para hacer todavía más daño, elaboran una figura humana, escriben un nombre sobre la cabeza y, a los lados, colocan estas palabras: *Alif, Lafeil, Lazahit me, meltat le-vantam leutace*.

»Luego la entierran en un sepulcro. Para obtener el mismo efecto, según afirman, cuando domina Marte preparan dos imágenes: una de cera y otra hecha con las cenizas de un hombre muerto. Se coloca en la mano de una de ellas un fragmento del hierro con el que haya muerto un hombre, para pinchar la cabeza de la imagen que representa a aquel a quien desean matar.

»Se escriben dos nombres en ambas figuras, con caracteres particulares que preparan aparte, y así una se esconde y se coloca en cierto lugar».

Antes de abandonar Europa, recordemos que la creencia en el hechizo persiste aún hoy. No pasa un solo año sin que la prensa publique artículos sobre estos temas. Incluso, en París vive un contrahechicero cuya actividad consiste en luchar contra los sortilegios. Y si pasamos del hechizo humano a la posesión, debemos recordar que cada diócesis cuenta con un sacerdote exorcista encargado de expulsar espíritus del cuerpo de los poseídos. Estos sacerdotes actúan con extremada precaución, pues la Iglesia es muy prudente en este ámbito y distingue con facilidad los casos que sólo requieren tratamiento médico.

Los asiáticos, los habitantes de Oceanía y los indígenas fabrican efigies o figuras a imagen de aquellos sobre quienes pretenden actuar mágicamente. Las Escrituras contienen numerosos pasajes relacionados con posesiones y sortilegios.

Dos grandes religiones surgieron de la corriente del pensamiento semita, después de que los judíos —pueblo nómada y relativamente pobre— fueran empujados hacia el concepto de un Dios único, en parte debido a las dificultades de transporte. Esta noción del Dios único dirige el pensa-

miento de los iniciados. Resulta curioso que fuese vulgarizada por un pueblo práctico y poco evolucionado que, molesto por el transporte de innumerables ídolos a través del desierto, unificó el pensamiento religioso exotérico para disminuir el peso de su equipaje.

Pero volvamos a estas dos religiones. El cristianismo reconocía la existencia de posesiones y hechizos y castigó a quienes practicaban sortilegios. El islam prefirió prevenir antes que curar y prohibió la representación de la figura humana, no sólo para evitar el retorno a la idolatría entre una población apenas separada de sus creencias paganas, sino también para impedir que la imagen humana se convirtiera en un nuevo instrumento para los numerosos hechiceros tribales.

África sigue siendo, incluso hoy, la tierra predilecta de los hechiceros. Los pueblos negros viven inmersos en un ambiente profundamente mágico. El fetichismo no les basta: disponen también de especialistas en contrahechizos para defenderse. Una vez realizado este examen general de la situación, conviene detenerse en el estudio del continente africano.

Las operaciones de hechizo son frecuentes allí y sus rituales muy conocidos. Aunque estos varían de un pueblo a otro y de un continente a otro, sus bases y su sentido profundo son los mismos en todas partes, lo que nos permitirá estudiarlos *in vivo*.

Para ello recurriremos a un texto del eminente monseñor Leroy y a varios hechos relatados por Pierre Fontaine en su obra *La magia entre los negros*.

Monseñor Leroy describe la consagración de un fetiche vengador en la región de Gabón:

«No se trata aquí de supersticiones vanas y ridículas. Cuando entramos en un bosque junto al brujo encargado de crear un fetiche de venganza, al cortar el árbol destinado a convertirse en estatuilla, si hablamos de una persona está prohibido pronunciar su nombre. Si se hiciera, el individuo moriría y su alma entraría inmediatamente en el árbol, convirtiéndose en el espíritu del fetiche.

»Quien hubiera pronunciado ese nombre tendría que responder de por vida ante los familiares del hombre cuya existencia habría sido sacrificada tan a la ligera.

»Normalmente se utiliza una jerga secreta para decidir qué *kulu* —es decir, qué alma— debe escogerse para influir en el fetiche. Por regla general se elige a un hombre de valor probado y, sobre todo, a un gran cazador.

»Una vez realizada la elección, se va al bosque y el individuo escogido es llamado por su nombre. Entonces el hechicero corta el árbol y se dice que la sangre resbala instantáneamente sobre su hacha.

»Se degüella una gallina y su sangre se mezcla con la que corre por el árbol. El individuo nombrado muere en ese mismo momento o, como máximo, al cabo de diez días.

»Su vida ha sido sacrificada por una causa que los hechiceros consideran beneficiosa para el pueblo. Afirman que la persona así nombrada siempre muere y niegan cualquier posibilidad de envenenamiento o de intervención de otro medio material».

En las exposiciones de arte africano suelen verse fetiches con clavos incrustados en la madera. Quienes acuden al fetiche para obtener, tras la consagración descrita, la muerte de un enemigo, clavan un clavo al formular sus invocaciones. Una vez cumplida la plegaria y el ritual, será el *kulu*, el

alma del muerto sacrificado en beneficio de la tribu, quien ejecute la venganza.

En realidad, se trata de una sugestión, un traslado de fuerza psíquica a distancia: el ritual favorece la concentración de la fuerza emitida por el hechicero y el fetiche actúa como un condensador.

Pierre Fontaine cuenta varios casos de hechizos realizados mediante objetos. Relata que, al visitar a un amigo europeo en el Bajo Sudán, lo encontró acompañado de una sonrai mestiza que, según afirmaban los indígenas, estaba poseída por el demonio del amor. Había estado casada tres veces y llevaba a todos sus compañeros al borde de la muerte, exigiéndoles proezas sexuales por encima de las fuerzas humanas.

Preocupado por el destino de su amigo, Fontaine conversó con un hechicero de una región vecina, quien le explicó que la sonrai seguramente poseía el cinturón del amor, que une los sentidos, pero no el corazón. Para liberar al amigo de la influencia de esa mujer, el cinturón debía ser destruido. Y sería fácil encontrarlo, pues debía estar oculto en algún lugar cercano al amante, para que sus efluvios actuasen sobre él.

Enseguida se puso a buscarlo y lo descubrió sin dificultad en casa de su amigo. Estaba hecho con láminas de madera unidas mediante un sólido hilo de cáñamo y llevaba imágenes que evocaban los placeres sexuales. Sin decir nada a nadie, quemó el cinturón y, poco después, su amigo recuperó el equilibrio y consiguió separarse de la muchacha.

Podríamos citar numerosos ejemplos de objetos preparados ritualmente cuyo efecto ha podido comprobarse. Pero esto nos alejaría del tema principal de este capítulo, que

es el del hechizo en general y no únicamente el del encantamiento obtenido mediante un objeto.

Los hacedores de hechizos negros actúan obteniendo un fragmento de algún material que haya estado en contacto con la persona a la que se quiere someter. A menudo se conforman con un trozo de tejido o una trenza, pero prefieren recortes de uñas, un mechón de cabello o pelos del pubis. Según ellos, los excrementos proporcionan un éxito seguro.

Mezclan los fragmentos de los que disponen con hierbas mágicas y forman una estatuilla. Después de los encantamientos espirituales, el hacedor de hechizos opera directamente sobre la estatuilla para obtener el resultado deseado. Le corta un miembro o le pincha los ojos o las orejas para provocar un accidente, una parálisis, ceguera o sordera. La muerte se consigue enterrando la estatuilla o quemándola lentamente. La efigie suele ser bastante tosca y su parecido con la persona que se pretende hechizar es mínimo. La única indicación precisa modelada por el escultor primitivo es el sexo de la persona en cuestión.

Pero los negros no sólo hechizan con muñecas o filtros. También pueden actuar directamente mediante la transferencia de fuerza psíquica a distancia y así provocar la muerte de la persona que es objeto del conjuro.

Los bantús, por ejemplo, proceden de esta manera:

«Cortan árboles que contienen esencias conocidas por el hechicero y preparan una hoguera. En ella colocan una piedra plana, utilizada para los sacrificios de animales. Remueven la tierra para facilitar la salida de los espíritus malignos que contiene. Las mujeres con el período se sitúan en primer lugar porque, según los bantús, esa condición se debe

a la dominación de espíritus malignos. Seis jóvenes vírgenes bailan alrededor de la hoguera al ritmo del tam-tam: creen que los espíritus malignos se sienten atraídos por cuerpos que el hombre todavía no ha tocado. Después adoptan posturas lúbricas e invitan a esos espíritus a penetrar en ellas.

»Más tarde aparecen seis jóvenes guerreros que inician una danza ritual representando una terrible lucha contra un enemigo invisible. Esta parte del ritual tiene por objeto mostrar a los espíritus malignos lo que deben hacer para atacar al enemigo sobre el que se actúa mediante la magia.

»Después aparecen los dos hechiceros disfrazados, con el rostro cubierto por horribles máscaras y la cabeza adornada con cuernos de búfalo. Sus manos están vacías. Comienzan a bailar alrededor de la hoguera, con los talones adornados con una larga cola peluda. Pronuncian una serie de encantamientos en una lengua desconocida que probablemente sea un dialecto sagrado.

»Sin acercarse, la hoguera se enciende de repente y se procede al sacrificio de un macho cabrío.

»Entonces la hoguera se apaga bruscamente».

En ese momento eran las dos y veinticuatro minutos, precisa el narrador.

El brujo le dijo lo siguiente a la persona de raza blanca que le había encargado el hechizo:

—Tu enemigo ha muerto, y ha sido muy difícil. Hice bien en pedir ayuda a los espíritus. Ellos han causado su muerte y han vuelto para coger el fuego cuyo humo los había traído hasta aquí... Tu futura muerte ya está vengada.

El hechizado murió esa misma noche a las dos y treinta minutos de la madrugada. El hacedor de hechizos, que sa-

bía protegerse del efecto *boomerang*, sobrevivió. Pero la persona que había encargado el conjuro, unos días más tarde, fue víctima de un accidente de caza y murió por un disparo procedente de la escopeta de uno de los colaboradores del hombre al que había deseado la muerte.

Es evidente que los hechiceros jamás actúan contra otros hechiceros, pues temen enfrentarse a alguien más poderoso que ellos. Quienes se atreven a hacerlo son los hacedores de contrahechizos, que aceptan prácticas de esta índole.

Lo pintoresco de las ceremonias descritas no debe hacernos olvidar que, en nuestras regiones, la magia rural también recurre —aunque con menos pompa— a operaciones que persiguen el mismo fin.

Todos hemos tenido conocimiento de hechos semejantes e incluso algunos han tenido ocasión de verificarlos. No servirá de nada multiplicar los ejemplos: los hechizos se practican en todas partes. El espíritu del ritual es siempre el mismo; sólo cambia su forma, según si los pueblos considerados son paganos o cristianos.

El mago negro invoca las fuerzas de la naturaleza; el hechicero europeo invoca la ayuda de la divinidad.

Con este libro no pretendemos instruir sobre la historia del hechizo, sino sobre sus técnicas prácticas de protección.

En nuestros países civilizados, el deshechizo y el contrahechizo ya no son privilegio de una casta. Están al alcance de todo aquel que quiera practicarlos.

Ahora, y con las reservas oportunas, describiremos lo esencial de los métodos utilizados por los hechiceros y, después, indicaremos en detalle los medios para luchar contra ellos, así como para devolver a sus autores los efectos que pretendían hacer sufrir a su víctima.

Capítulo III

EL HECHIZO DE PENSAMIENTO

Todas las operaciones de hechizo tienen como base el esfuerzo voluntario. Los procedimientos técnicos utilizados con más frecuencia en nuestras regiones son la cadena mágica, los clavos, los cordoncillos, los filtros de amor, la carga, el hechizo alimentario y la muñeca o dagyde.

Hablaremos muy poco de los filtros de amor, pues numerosos autores ya se han extendido suficientemente sobre ellos y, además, la mayoría de los productos utilizados para su elaboración son hoy prácticamente imposibles de encontrar. Así pues, aunque no correríamos ningún riesgo explicando sus recetas —puesto que nadie podría prepararlas—, consideramos totalmente inútil enumerarlas.

Ya hemos dicho que la voluntad es el factor más importante del arte del hechicero. Vamos a exponer la técnica para educar la voluntad —indispensable para la práctica de este arte— y, después, de forma más concisa, la fuerza que permite al operador ejercer una influencia a distancia. Este método puede servir tanto al contrahechicero como a la persona autohechizada, que mediante su práctica podrá liberarse de los complejos que bloquean su actividad psíquica.

De hecho, no resulta peligroso dar a conocer un método que, teóricamente, puede emplearse con un doble fin. El mago negro, siempre dominado por los instintos bajos, es

incapaz de someterse a la disciplina severa que sólo aceptan los seres elevados que operan con intenciones benéficas.

Los grandes principios para la educación de la voluntad, que permiten al operador alcanzar el éxito en sus hechizos o contrahechizos, son los siguientes:

Aumentar los límites de la actividad consciente

Antes de convertirse en automáticos, todos nuestros actos son conscientes. Caminar, por ejemplo, exige esfuerzo consciente antes de transformarse en una actividad automática, es decir, en un reflejo adquirido.

Muchas acciones pueden ser conscientes o inconscientes según dirijamos o no nuestra atención hacia ellas. La respiración, por ejemplo, es un acto inconsciente, pero podemos hacerla consciente, acelerarla o disminuirla. En Occidente solemos ejercitarla mediante la educación física, renovando el aire que circula por los pulmones a través de diversos ejercicios. Los yoguis en Oriente persiguen fines espirituales, pero también parten de la disciplina corporal.

La educación de la voluntad consiste en ampliar su campo de acción y retomar el control de aquellos actos convertidos en automáticos e involuntarios. Se trata, en cierto modo, de un entrenamiento psíquico que emprende una persona sobre sí misma. Tanto la respiración como su ritmo desempeñan un papel fundamental en este control, ya que el oxígeno actúa sobre el conjunto del comportamiento humano de manera rápida y poderosa.

La práctica de este entrenamiento supone una disciplina cuyas reglas son muy sencillas: